

Revista *Docencia* del Colegio de Profesores de Chile, año XI, n° 30, diciembre 2006, pp.46-53  
(Reimpreso en Emilia Ferreiro, *Alfabetización de niños y adultos – Textos Escogidos*. Primer volumen de la colección *Paideia Latinoamericana*. Pátzcuaro, Michoacán: Crefal, 2007. Parte II, pp.289-297)

## Nuevas tecnologías y escritura

*Emilia Ferreiro*

Todo cambio en las tecnologías de la escritura tiene consecuencias en las prácticas sociales. Eso ocurrió a lo largo de la historia. En épocas recientes, las máquinas de escribir, mucho antes de las computadoras, hicieron retroceder la escritura manuscrita hacia usos más privados. En la medida en que la escritura pública se realizaba a través de un teclado, el aprecio social hacia la caligrafía disminuyó drásticamente. Las máquinas de escribir nunca entraron en el ámbito escolar, excepto en escuelas técnicas de nivel secundario donde “mecanografía” o “dactilografía” se aprendían como parte de un oficio secretarial. La escuela desaprovechó la oportunidad de introducir al teclado –un nuevo instrumento de escritura— y actualmente se enfrenta, con dificultades, al teclado de las computadoras (igual al anterior pero con teclas suplementarias). La relación de la institución escolar con las tecnologías emergentes ha sido siempre problemática. Recordemos, para no ir muy lejos, las desconfianzas y debates que en su momento produjeron los bolígrafos, instrumentos que hacían obsoletos los tinteros de las bancas escolares pero que, según se decía entonces, iban a “arruinar la letra” de los escolares. Batalla perdida de antemano: el bolígrafo tenía virtudes innegables con respecto a la pluma metálica y acabó por imponerse, mientras que la noción de “escritura legible” sustituía a la “bella caligrafía”.

Los cambios recientes en las tecnologías de la escritura han sido tan acelerados que no acabamos de entender una novedad cuando ya aparece la siguiente. El teclado de la computadora, asociado a una pantalla, da acceso a distintos espacios de escritura: procesador de texto, correo electrónico y chat, para citar los más populares. Cada uno de ellos suscita ciertos comportamientos del escritor o impone condiciones específicas de producción. Por su parte, los teléfonos celulares también han incorporado un espacio de escritura (SMS = Short Message Service) con restricciones singulares. Estos celulares no cesan de acumular funciones: teléfono, grabadora de audio, grabadora de imágenes (foto y video), mensajes escritos, agenda, espacio de juegos, calendario, despertador, y lo que vendrá.

Veamos rápidamente algunas de las condiciones específicas de producción en cada uno de estos espacios. El **procesador de texto** es uno de los primeros espacios informáticos disponibles desde la existencia de las PC. (Recordemos que la primera Personal Computer fue la IBM 5150, puesta en el mercado el 12 de agosto de 1981.) El procesador introdujo cambios profundos en la actividad de revisión de los textos. La revisión de los textos era tradicionalmente una tarea pesada y poco satisfactoria en sus resultados. Cuando, en un texto compuesto en una máquina de escribir, se detectaba un error o bien era preciso introducir un nuevo párrafo, desplazar uno ya existente, introducir o desplazar un título, etc., el resultado era una página llena de cicatrices. En muchos casos, la composición terminaba con tijeras y cinta adhesiva. La mayoría de las páginas de un texto entregado a la imprenta tenían renglones suprimidos con tinta blanca y sustituidos por letras sobreimpuestas. Los programas de procesamiento de texto eliminaron de inmediato todas esas enmiendas. Ahora es posible corregir indefinidamente el texto y lo que obtenemos al imprimirlo es siempre una página perfectamente limpia, que no guarda memoria de sus cicatrices.

Al convertir la revisión en un juego, el procesador de textos suscita múltiples miradas y una consideración reflexiva sobre lo escrito, una posición del autor responsable de su texto. La importancia educativa de los procesadores de texto es enorme y el debate sobre “internet en la escuela” ha hecho olvidar que, independientemente de la conexión internet, cualquier computadora es un instrumento didáctico que favorece, a todas las edades, la posibilidad de volver sobre el texto, reconsiderarlo y, si fuera el caso, modificarlo. En la distribución tradicional de roles, el maestro resultaba ser el único revisor autorizado de los textos de sus alumnos. Nunca fue deseable que fuera así, pero recién ahora existen las condiciones para garantizar que ya no sea nunca más así: la revisión del texto puede hacerse en pequeños grupos, pueden compararse versiones paralelas, pueden componerse textos colectivos.... en fin, lo que la imaginación pedagógica conciba, siempre con el objetivo de formar productores de textos que se sientan responsables ante los textos producidos.

Cuando estamos en el **correo electrónico**, nos situamos en un espacio informático de escritura completamente diferente ya que suscita la respuesta rápida, sin corrección. “Responde y envía de inmediato” es la sugerencia que este espacio hace al productor de texto. “Un tema por mensaje” es la otra restricción sugerida, no sólo porque el tema tiene un lugar propio asignado en el diseño, sino porque sabemos que, para facilitar la conservación del mensaje en una carpeta del destinatario, es mejor no mezclar temas. La ausencia de corrección es propia de estos mensajes, en donde se registran todo tipo de anomalías: malas separaciones entre palabras, ausencia de diacríticos, deficiente organización del espacio, incluso errores de ortografía. Todas estas anomalías pueden aparecer en mensajes enviados por personas con altos niveles de alfabetización que jamás se permitirían tales licencias en una carta en papel. Más aún, en los primeros tiempos del correo electrónico, este medio era poco acogedor con los diacríticos. Era mejor evitarlos para evitar la aparición de signos extraños en la computadora del destinatario. Muchos aprendimos entonces a escribir de dos maneras: con acentos en el procesador de textos y sin acentos en el correo electrónico. (La poca sensibilidad hacia los diacríticos tiene, por supuesto, un origen innegable: se trata de programas desarrollados desde el inglés, que ignora las complejidades de otras tradiciones de escritura.)

El **chat**, por su parte, es un espacio que suscita la respuesta ultra-rápida. (No intento traducir esta palabra, porque ya está incorporado a la lengua oral el verbo “chatear”.) Se pueden mantener conversaciones simultáneas con varios participantes y hay que leer con la misma rapidez las respuestas que se reciben. Es normal que aparezcan abreviaturas por falta de tiempo. También es normal la ausencia de retórica. Adicionalmente, hicieron su aparición los “emoticones”, o sea el uso de marcas de puntuación como componentes de un ícono que intenta transmitir de manera sintética el estado de ánimo de los participantes. En poco tiempo esas “caritas” constituyeron un conjunto de íconos pre-determinados, a los cuales se puede recurrir fácilmente. Finalmente, en los celulares, el SMS es un espacio que suscita al máximo las abreviaturas, imponiendo un número limitado de caracteres en el mensaje.

Para comprender los procedimientos de los usuarios de los nuevos medios electrónicos, es preciso detenernos un momento en las **abreviaturas**. Hay algunos soportes escritos que utilizan regularmente abreviaturas diversas. Por ejemplo, la sección de avisos clasificados de los periódicos es dominio privilegiado de las abreviaturas y la reducción de la sintaxis. Hay abreviaturas de amplio uso social que no tienen reglas homogéneas de composición. Algunos ejemplos muy conocidos en español son los siguientes:

**Dr.** (doctor) se constituye con la primera y la última letra de la palabra.

**Lic., Tel.**, (licenciado, teléfono) utilizan las tres primeras letras (abreviatura por suspensión).

**Dpto** (departamento), utiliza las dos primeras consonantes y la última sílaba completa (ejemplo de las llamadas abreviaturas por contracción, donde se suelen privilegiar las consonantes)

Nº (número), emplea primera y última letra, pero esta última con tipografía reducida.

1º (primero) es una abreviatura singular, ya que el número 1 no es leído con su función cardinal sino ordinal, y aparece la última letra de este nombre ordinal con tipografía reducida; es pues un caso de coexistencia de números y letras.

Estamos tan acostumbrados a estas abreviaturas que ya no reparamos en la variedad de modos de composición que las caracterizan. Las hemos heredado y las leemos sin mayor problema, incluso sin reconocer que la abreviatura es, por definición, una violación de los principios de base de la escritura alfabética. Tampoco reparamos en el hecho de que hay nuevas abreviaturas que se constituyen continuamente. Por ejemplo, en las direcciones electrónicas los nombres de los países están abreviados, no siempre de la misma manera: España es **es** pero México es **mx**. También los nombres que inventamos para nuestros correos electrónicos son variaciones sobre el tema de las abreviaturas, así como las contraseñas, en las cuales frecuentemente se usan números junto con letras.

Es útil saber que las abreviaturas son muy antiguas. Ya existían en la Roma Antigua y fueron extremadamente populares entre los copistas de la Edad Media, época en que fueron justificadas por permitir utilizar al máximo las caras y escasas superficies de los pergaminos, y también porque se trataba de comunidades de lectores restringidas, que podían anticipar con relativa facilidad lo escrito abreviado.

Desde el siglo II anterior a nuestra era (II aC) las inscripciones latinas presentan un abundante empleo de abreviaturas. En general, los nombres propios eran abreviados con las primeras letras o, incluso, con la pura inicial: **Aug** (Augustus), **Ser** (Servius), **A** (Aulus), **C** (Caius), **M** (Marcus). También se abreviaban nombres frecuentes: **f** (*filius*, o sea, hijo) y se duplicaba la letra para indicar el plural **ff** (*fili*, hijos), un procedimiento que en ciertos usos arcaicos sobrevive aún (por ejemplo, FF.AA. para “fuerzas armadas”). Hay incluso largas expresiones donde todas las palabras están abreviadas con la pura inicial, lo cual supone una comunidad capaz de comprender y restituir lo no escrito. (Higounet, 1976).

Analizando estas abreviaturas de la antigüedad romana, F.Desbordes (1995: 204-205) hace el siguiente comentario incisivo, muy pertinente para reflexiones de actualidad: “En realidad, la idea que uno puede hacerse de la escritura varía considerablemente según se la relacione con lo oral anterior que ella debe representar o con lo oral posterior que ella tiene la misión de suscitar. En el esquema [oral1 --> escritura --> oral 2] la escritura se encuentra entre dos funciones: la de ser un análisis de lo oral1, o la de dar los medios para producir lo oral2; ahora bien, se pueden dar esos medios sin pasar por un análisis detallado de lo oral1, y si las consideraciones prácticas se imponen a las consideraciones científicas, el ideal fonográfico ya no tiene sentido”.

Comentando la enorme profusión de abreviaturas entre los romanos, agrega la misma autora: “(...) las abreviaturas se multiplicaron. Pueden tener una complejidad desconcertante para el profano en ciertos dominios especializados como el derecho, al punto que Probo y Suetonio debieron escribir listas explicativas y el emperador Justiniano terminó por prohibir su uso”. Las abreviaturas —y otros procedimientos de reducción de lo escrito como las *notas tironeanas*, que no es el caso discutir aquí— “tienen su justificación en la idea de que no es necesario detenerse en la representación exacta y minuciosa del sonido para tener una comunicación satisfactoria (por lo menos entre iniciados)”.

Es en ese contexto histórico que conviene considerar las producciones de los jóvenes de hoy en espacios como Chat y SMS. En efecto, se trata de “comunidades de iniciados” que pueden restituir lo abreviado. Si la comunicación no da los resultados esperados se puede jugar a inventar una nueva

abreviatura. Hay componentes de trasgresión, de diversión y de invención en el comportamiento de estos nuevos escritores que se ha dado en llamar *nativos informáticos*.

También hay un componente similar al que lleva a utilizar a grupos de adolescentes modos particulares de habla (sustituciones léxicas, palabras con permutaciones de sílabas, términos corrientes con significados desviantes, modos peculiares de apelación, etc.) para crear una “comunidad de hablantes” cerrada, en la cual no pueden penetrar los ajenos al grupo. Eso acerca a estas escrituras de la criptografía. “El equivalente escrito de la lengua especial o de la jerga es la variedad criptográfica y entendemos por criptografía una modificación deliberada de las normas que rigen el uso de una determinada variedad. El fin de emplear tal variedad es el de limitar el número de receptores ya que el escrito resulta incomprendible si no se conoce el código criptográfico” (Cardona, 1994:103). Por supuesto, la historia nos da múltiples ejemplos de códigos criptográficos, con los más variados fines (religiosos, militares, profesionales, personales...) y en diferentes tiempos y culturas.

Es útil detenerse a analizar algunos de los procedimientos más populares utilizados para producir formas abreviadas. En efecto, aunque los jóvenes intentan inventar, un análisis de sus producciones muestra que, sin saberlo, *están recurriendo a procedimientos que han sido utilizados por la humanidad a lo largo de la compleja y tortuosa historia de las escrituras, pero también están recurriendo, sin saberlo, a procedimientos que los niños inventan durante su proceso psicogenético de comprensión del sistema alfabético de escritura.*

Veamos algunos ejemplos, donde trataré de acercarme a lo que se hace con el teclado, ya que éste es el instrumento de escritura. La tecla X puede utilizarse para el símbolo matemático de la multiplicación. Cuando se utiliza esta tecla en una expresión matemática, su lectura corresponde a “por”. Esto autoriza composiciones como las siguientes:

XQ, Xq, xq (“porque” o “por qué”)  
 Xeso, xeso (“por eso”)  
 X1/2 (“por medio”)

También pueden utilizarse números para aludir al nombre del número, no a su significado numérico, como en estos casos:

salu2 (“saludos”)  
 alq (“aunque”)  
 100pre (“siempre”)

En todos estos casos el procedimiento utilizado es el del “rebus”, bien conocido como uno de los procedimientos que condujeron, históricamente, a la fonetización de la escritura. Consiste en representar algo que tiene un significado, no para aludir a su significado sino a su nombre. Los nombres propios fueron lugares privilegiados para utilizar este recurso (nombres de personas con autoridad, nombres de lugares). Por ejemplo, en el Códice Mendoza, correspondiente a la cultura azteca, aparecen glifos para topónimos como *Tenochtitlan*, formado por un nopal sobre una piedra, vinculado con la sonoridad de la palabra “piedra” (*tetl*) y la de la palabra “nopal” (*nochtli*) (Cardona, 1994:138). En algunos juegos infantiles también se recurre a ese procedimiento, como cuando se asocian los dibujos de sol y dado para aludir a “soldado”. Este procedimiento supone una descomposición de la palabra en elementos mayores al fonema.

El uso de letras con valor silábico es muy frecuente en estas nuevas escrituras electrónicas. A veces el valor silábico tiene que ver con el nombre de la letra y en ocasiones se le atribuye cualquier valor silábico, recuperable por el contexto. Ejemplos donde una letra funciona como sílaba, siendo esta sílaba el nombre de la letra en el alfabeto:

gent (“gente”)  
 q c (“que se”)  
 q si l c met (“que si uno se mete”)  
 puedn (“pueden”)

Algunas de nuestras letras tienen nombres bisílabos. En este caso puede aludirse a una parte del nombre como en el caso de S utilizada para la sílaba “es”, o M para la sílaba “me”:

yo = stoy (“yo igual estoy”)  
 M gusta (“me gusta”)

El uso de consonantes con valores silábicos variados (restituibles por contexto) es muy frecuente:

T2 (“todos”)  
 lok (“lo que”)  
 cdo (“cuando”)

La mezcla de letras con valores fonéticos junto con otras con valores silábicos es propia de cierto nivel de la psicogénesis en el niño, que hemos llamado período silábico-alfabético. Durante ese período, los niños pueden escribir “camisa” como KMISA o bien como KISA. El uso de la letra K, durante el mismo período y durante el período precedente (silábico) es muy frecuente, aunque esa letra tenga baja frecuencia en la escritura convencional del español. Las razones por las cuales los niños suelen elegir esa letra es que es muy confiable, mientras que la letra C es poco fiable (a veces suena /k/ y a veces suena /s/). Las razones de los jóvenes para emplearla son otras: adrede emplean en abundancia una letra que casi funciona como marca de transgresión.

La sobre-abundancia de K, en los textos juveniles informáticos, es paralela a la ausencia de H y seguramente por los mismos motivos. Pero aunque las razones para utilizar o dejar de utilizar determinada letra sean diferentes en niños y jóvenes, los procedimientos son similares. Una escritura como QM (“que me”), en un contexto como “qué me cuentas” o “qué me dices”, corresponde a dos sílabas, cada una de las cuales constituye una palabra, pero esa escritura no está representando las palabras sino las sílabas.

Al respecto, hay que señalar que estas escrituras informáticas conservan muchas de las separaciones convencionales entre las palabras en el caso en que el productor estima que podría haber confusión para el receptor, pero las eliminan cuando se trata de expresiones muy frecuentes. Por ejemplo:

TQM (“te quiero mucho”)

El análisis comparado de los procedimientos registrados en otras lenguas muestra rasgos similares. Por ejemplo:

U2 (“you too”, en inglés) utiliza el procedimiento del rébus.

CT (“c’était”, en francés) utiliza letras con valor silábico.

Y A KELK1?? (“y a quelqu’un”, en francés) para iniciar un intercambio (equivalente a “¿hay alguien?”) muestra sobre-uso de K y un número al final que remite a su nombre.

(Ejemplos tomados de Béguelin, 2002).

Por supuesto, los usuarios no son sistemáticos en el uso de estos recursos. Es muy difícil que lo sean, porque la sistematicidad supone reflexión y decisiones consensuadas. Ello no obstante, un analista de sus producciones puede encontrar más sistematicidad de la aparente pero para ello sería necesario establecer un corpus extenso y, en lo posible, contrastando diversas lenguas.

La inquietud del medio adulto y, particularmente, del medio docente con respecto a estas escrituras me parece injustificada. En primer lugar, nadie está en condiciones de prohibirlas ni de reglamentar su uso. En segundo lugar, para transgredir hay que conocer. Las escrituras que he podido analizar deforman la escritura de casi todas las palabras pero mantienen casi todos los espacios interpalabras, excepto en los casos en donde se juntan preposiciones con artículos, pronombres clíticos y otros elementos ajenos a las “palabras plenas”. Eso mismo hacen los niños cuando aún no dominan la definición de “palabra gráfica” que establece la escritura normativa.

¿Si escriben frecuentemente de esta manera, ya no sabrán escribir de la manera convencional? Me parece un temor poco fundado. Hace poco la queja reiterada era que los jóvenes no escribían. Ahora escriben, pero no como quisiéramos... De hecho, el aprendizaje de la lengua escrita incluye el aprendizaje de las condiciones pragmáticas de su uso. Hay que aprender a redactar cartas formales y también hay que aprender a desprenderse de la formalidad para redactar una carta íntima. El modo de redacción de un pedido a la autoridad no puede ser el mismo que el de un pedido hecho a la persona más querida del entorno.

Lo que molesta a primera vista, en estas escrituras, es su carácter marcadamente desviante. Claro que es un desvío con respecto a la norma, pero también es una marca de no-destinación, o sea, un intento por excluir a un “otro” de la comunidad de referencia. No escriben para que cualquiera lo lea. En ese sentido, es criptografía.

He escuchado docentes en posiciones extremas: algunos tratan de alertar sobre los peligros para la lengua (a través de la escritura) de estos desatinos juveniles; otros van al extremo opuesto y proponen espacios escolares para chatear, incluyendo a los profesores.

Tomando una actitud más reflexiva me parece que pueden proponerse otras cosas. Por ejemplo, el estudio de los procedimientos para abreviar es, en sí mismo, un tema interesante y bien podría incorporarse a la reflexión escolar sobre la lengua, aprovechando este auge de las abreviaturas.

En todo caso, estas escrituras ofrecen un interesante campo de indagación para los investigadores, precisamente porque vemos reaparecer muy antiguos procedimientos utilizados durante la gestación histórica de los sistemas de escritura así como procedimientos que representan hitos fundamentales en la psicogénesis de la escritura en el niño.

## REFERENCIAS

(Incluyo muy pocos títulos de una colección que dirijo en la editorial Gedisa, donde hay abundantes referencias a la historia de la escritura y sus prácticas sociales. Con respecto a las escrituras electrónicas, el navegador curioso encontrará en Internet materia de entretenimiento y reflexión)

Béguelin, Marie-José (2002) – Unidades de lengua y unidades de escritura. Evolución y modalidades de la segmentación gráfica. En: E.Ferreiro (Comp.), *Relaciones de (in)dependencia entre oralidad y escritura*. Barcelona: Gedisa.

Cardona, Giorgio (1994) – *Antropología de la escritura*. Barcelona: Gedisa.

Desbordes, Françoise (1995) – *Concepciones sobre la escritura en la Antigüedad Romana*. Barcelona: Gedisa.

Higounet, Charles (5ª edición, 1976) – *L'écriture*. Paris: Presses Universitaires de France.